

debiendo tomar el camino sobre San Luis donde debía obrar en combinacion con el general Castillo, para destruir la fuerza del general Escobedo, que era la que mejor organizada tenían entonces los republicanos; pero al llegar la columna á Lagos, tuvo el general en jefe noticia cierta de que D. Benito Juárez estaba ya muy próximo á Zacatecas; y en aquel acto concibió el general Miramon el proyecto de caer sobre él violentamente. El pensamiento que era uno de aquellos rasgos muy propios de su génio militar, era atrevido y arriesgado; pero si correspondia en su ejecucion, indudablemente que habia sido un triunfo de incalculable importancia para el imperio. Marchó pues violentamente sobre Zacatecas; y el día 26 de Enero estaba al frente de la ciudad, á donde Juárez habia llegado el día 22 teniendo una fuerza de mas de tres mil hombres, con doce pieza de artillería.

El arrojito proverbial del general Miramon hizo temer á D. Benito Juárez un descalabro apesar del mayor número de su fuerza y de sus formidables posiciones; y no gustando jamas de poner en peligro su persona, quiso salir con sus ministros del teatro de la guerra; pero lo hicieron permanecer allí todos los generales que estaban á su lado, quienes creian cosa muy fácil resistir la pequeña columna imperial, que era la mitad de la fuerza con que contaba la plaza. A mas, estaban en una ciudad, que por los recuerdos del tiempo de D. Francisco García, le llamaban la tierra clásica de la libertad y creian que todo el pueblo cooperaria á su triunfo, para lo cual se dió una proclama invitatoria por el gobernador D. Miguel Auza: se sacó una música por las calles para despertar el entusiasmo popular; y se leyó en presencia de las tropas una carta del general Escobedo, en que ofrecia ir pronto en auxilio de la plaza. Tal era el cuadro del día

26 de Enero, y el cual se cambió completamente á los rayos de la primera luz del 27.

El general Miramon que el 26 se quedó en la villa de Guadalupe; dividió su fuerza en la madrugada del 27, dejando una parte ahí mismo á las órdenes del general D. Gregorio Callejo; y con la otra y tres piezas de montaña tomó el camino de la hacienda de Bernardes hasta ocupar el cerro de S. Martín, con lo cual flanqueó las posiciones del enemigo, desconcertando solo con esto todo su plan de defensa. En el acto que rompió el fuego su artillería, la columna de ataque á las órdenes del general D. Pantaleon Moret empezó á subir el cerro de la Bufa que tomó en breves instantes: todos los demas puntos estaban ya dominados con esto; y de tal manera lo comprendieron los contrarios, que sin insistir ya en la defensa de la plaza se retiraron abandonando la artillería, todo el material de guerra y cuantos recursos tenían en la plaza con veintitún mil pesos en las cajas.

Todo correspondia hasta ese momento al proyecto que el general en jefe formó en Lagos, de capturar á D. Benito Juárez; pero en el momento ya de penetrar en la plaza, y cuando todos sus defensores huían en el mayor desorden, el general D. Joaquin Miramon dejó de ejecutar con la debida prontitud una orden que se le dió de tomar con el cuerpo de su mando el palacio del gobierno y los demas puntos del centro de la ciudad. Cuando se repitió la orden, Juárez habia salido huyendo con tal precipitacion, que dejó abandonados todos sus equipajes.

Mientras en el interior pasaban los hechos que se dejan referidos, en México seguian trabajando con actividad el general Castelnau, el ministro Danó y el mariscal Bazaine para conseguir la abdicacion del Emperador, sobre lo cual dice el Sr. Arrangois con mucha verdad: «Se querria privar á Maximiliano de cuantos recursos se pudiera:

hasta del servicio de los austriacos y los húngaros que habían quedado despues de la disolucion de la legion austriaca, sobre los cuales nada tenia que ver Francia, y obligarle á que abdicase. No habia medio, por indigno que fuera, que no empleara para lograr su fin el gobierno francés, de salir con apariencias honrosas de México; de aparentar que abandonaba voluntariamente aquel Imperio su ejército, por no tener ya objeto despues de la abdicacion de Maximiliano, cuando la verdad era que salia forzado por las exigencias de los Estados- Unidos; realmente, echado por éstos.»

Como los gefes franceses no omitian medio de hacer salir al Emperador y uno de los que empleaban era la voluntad de las mismas personas que formaban el gobierno, para que concluyera ya el Imperio que no tenia medios de sostenerse, se celebró otra junta de los Consejos de Ministros y de Estado, á la cual concurrieron treinta y cuatro personas; y el mariscal Bazaine, no queriendo perder ocasion de cumplir con la mision de Napoleon de acabar con el Imperio, asistió al Consejo para persuadir á Maximiliano de la idea de su abdicacion, para lo cual tomó la palabra é hizo uso de un lenguaje injurioso para los mexicanos, cuya honra defendió valientemente el Sr. Arango y Escandón, en la siguiente contestacion notable por mas de un título. Dijo así:

«Señores: Los que en un dia rico en esperanzas, concurrimos á la ereccion del trono de México; los que en Orizaba aconsejamos á S. M. no abandonase el poder, mientras la nacion, pero la verdadera nacion, no le retirara ese poder; los que hemos creido, y alimentamos aun la conviccion firmísima de que las instituciones monárquicas son una defensa para nuestra cada vez mas amenazada nacionalidad, no podemos hoy aprobar el pensamiento de abdicacion.»

«El ministerio acaba de exponer, que cuenta con los hombres y los recursos necesarios para dar la paz al país. Yo tengo por muy veraces á los señores ministros; carezco de datos para refutar la palabra oficial; pero temo que no haya la necesaria exactitud en esa palabra.»

«A pesar de esto, debemos luchar hasta el fin por conservar el principio monárquico en México, base y elemento esencial de la vida del engrandecimiento y de la prosperidad de nuestra patria.»

«Señores: desde que nuestro país se hizo independiente, los dos partidos que se han disputado el poder han venido, sin quererlo, probando con sus obras, que no estiman suficientes los recursos de la nacion, para hacer, no ya que prospere, mas que viva siquiera. Dura es de decir esta verdad; pero, si ha de curarse la llaga, ¿convenirá apartar de ella los ojos? He aquí el origen de nuestras alianzas con el extranjero. Los hombres del partido conservador (y yo, señores, protesto que no pertenezco á partido alguno por mas que mis ideas me acerquen y mucho á los conservadores,) los hombres del partido conservador, repito juzgaron que solicitar una alianza en Europa, ofrecia ventajas sin riesgo alguno; y por sus antecedentes, sus tradiciones, sus designios, su sangre, buscaron y consiguieron esa alianza: de ella ha resultado nuestra monarquía: Los hombres del partido liberal solicitaron y han obtenido á su vez, el apoyo de los Estados- Unidos, harto mas eficaz, por lo visto, que el de Europa. Yo no descubro traicion ni en uno ni en otro pensamiento; pero en el del partido liberal me parece que hay inmensos riesgos para mi país. ¿Podrá encontrarse hoy en México quien no conozca claramente los planes y las miras de nuestro pérfido y ambicioso vecino? ¿Qué elemento, qué huella de nuestra civilizacion mexicana queda en las provincias que nos fueron arrancadas, no ha mucho,

por la fuerza, y solo por la fuerza? Y diré de pasó que no sé si, al realizar su designio de muerte sobre nosotros, han consultado bien su interés los Estados Unidos de Norte América: la ambición ciega, y Dios la castiga precisamente, antes que todo, con esa ceguedad. México, demasiado grande como territorio para ser la agregación de ningún otro pueblo, está situado al Sur de ella no muy afianzada Union americana.

Séame lícito, señores, preguntar ahora, ¿ha cumplido nuestro aliado con sus deberes? La imparcial historia lo decidirá. El Sr. Mariscal Bazaine ha asegurado, según acaba de oír la Junta, que ha tenido bajo su mando más de 30,000 soldados franceses y 22,000 mexicanos, y que, sin embargo, no ha podido pacificar el país. Ha agregado, que por los informes de sus generales recién llegados del interior, tiene hoy adquirido el conocimiento de que la opinion de los pueblos no es monárquica, sino republicana. Yo, señores, respeto mucho á esos generales; pero no vacilo en afirmar que vienen engañados. Lo que el país quiere ante todo es paz: se prescindiria con gusto de los derechos políticos, con tal de disfrutar por completo de las garantías civiles. Nuestro pueblo (y no somos una excepcion entre los demas del Universo,) se ocupa muy poco de formas y de sistemas de gobierno. Lo digo sin agravio de nadie: aquí, como en otras partes, la cuestion actual es mas de policia que de política; y entre nosotros será bendito el gobernante, que devuelva á esta desdichada sociedad el sosiego que las malas pasiones de unos cuantos le han arrebatado; que sea un escudo á la honra, á la vida y á la propiedad de los ciudadanos; que levantando sobre todo su corazon y sus ojos al cielo apoye sus mandatos en las prescripciones de nuestra augusta religion, sin el respeto de la cual no es posible li-
sonjearse con esperanzas de orden y de verdadera liber-

dad. Al que tales conquistas realice no le preguntaré la generalidad de los mexicanos, si se llama Emperador ó Presidente. Créalo así el señor Mariscal.

«No: la opinion de los pueblos no es adversa al Imperio. La revolucion no seria bastante fuerte á derribar el trono, sin las amables condescendencias, sin la complicidad del poder interventor. Esta es la verdad.

«Me gustan señores las reminiscencias históricas.

«En el siglo XVI el Papa Paulo IV declaró la guerra á Felipe II. Trataba de hacer valer ciertos derechos en el reino de Nápoles, en posesion del cual estaba el Rey Católico, á quien no era en verdad fácil hacer prescindir de ninguna de sus adquisiciones. El Papa se buscó auxiliares y los halló en Francia. La cuestion interesaba rivamente como saben todos á esta nacion; y su rey Enrique II, comprendiéndolo así, envió á Italia buen golpe de gente. Mandábala el duque de Guisa, noble, entendido, valiente capitán y además de esto, señor Mariscal, muy católico. Pero el duque Alba que valia tanto, al menos, como el general Sherman, mandaba los tercios españoles, que valian algo mas que los filibusteros, que han ocupado á Matamoros. La suerte fué adversa á los aliados del Pontífice: el duque de Alba, de victoria en victoria, llegó á plantar sus reales á las puertas de Roma.

«Sabeis, señores, como se formaban entónces los ejércitos? alrededor de un pequeño grupo de tropas regulares y disciplinadas se reunia un tupido enjambre de aventureros, cuyas pagas andaban siempre atrazadas, y que no se proponian mas que enriquecerse con el botin y los despojos de los pueblos, que tenian la desgracia de recibirlos. Gente sin Dios y sin ley, rara vez respetaba á sus gefes. Roma ya los conocia, y el terror se apoderó de sus moradores: Paulo IV sin embargo, descansaba tran-

quilo, esperando mucho todavía de sus bravos auxiliares y sobre todo de los tratados. ¡Pobre Papa!

«Las cosas entre tanto se habían complicado en el Norte de Francia, y Enrique II ordenó al duque de Guisa, que, abandonando al Pontífice viniese presto en su propio auxilio. El duque comunicó la noticia al Papa y se dispuso á ejecutar la orden; y la historia no le culpa por esto, señor Mariscal, pues que no le tocaba mas que obedecer; aunque agrega que no pesaba al duque poner término á una campaña, como aquella, muy escasa de laureles para él.

«En aquellos terribles momentos, Paulo IV tomando consejo de su ira, que nadie negará fuera justísima, dirigió al general francés estas memorables palabras, que yo, en nombre del ofendido Monarca de México, en nombre de esta nación que, como Paulo IV no tiene tampoco mas culpa que la de haber fiado demasiado en el extranjero, me creo autorizado de repetir ahora á V. E. *Idos: nada importa. Habéis hecho muy poco por vuestro Soberano; menos aún por la Iglesia: nada, absolutamente nada, por vuestra honra.*

«Señor Mariscal: los que hemos hecho cuanto hemos podido por el altar, cuanto hemos podido por el trono, y estamos ciertos de que conservamos ileso el honor; los que en la lucha presente hemos comprometido la fortuna, la vida; dando así una prueba de que amamos á nuestra patria con un ardor igual á la magnitud de sus desdichas, tenemos derecho á proclamar, que no es á nosotros á quienes ni ahora ni en el porvenir podrán aplicar estas palabras.»

Hace tanta honra este notable discurso al Sr. Lic. D. Alejandro Arango y Escandon, que si no tuviera en su vida pública, como tiene una larga página de méritos contraidos en servicio de la patria y de la religion, bastaria

este solo, para que su nombre debiera colocarse en uno de los mas distinguidos lugares de la historia. Yo lo cito con gusto, no solo como un notable hecho histórico, sino porque en él están expresadas con notable ventaja, las ideas que en el último capítulo del tomo 5º manifesté respecto de los sistemas de gobierno: las que en varias partes de la obra he dicho de lo que debe ser el verdadero partido conservador; y lo que diré al fin de la obra respecto de la fuente donde hemos de adquirir la felicidad de nuestra patria, si queremos tenerla.

Después de este discurso y de una explicacion muy genial del Sr. D. Manuel García Aguirre respecto de la formacion del ejército y de la adquisicion de recursos para llevar á buen término la guerra, el Consejo decidió: que el Emperador Maximiliano siguiera ocupando el trono de México.

Agotados ya todos los medios por parte de los gefes franceses para hacer abdicar al Emperador, el mariscal Bazaine, con ocasion de una carta del Sr. Lares en que le preguntaba cuál seria la conducta del ejército frances en caso de un ataque á la capital por los enemigos del imperio, puso á S. M. una carta en que insultaba tan grave como injustamente á los hombres que en aquellos dias formaban la administracion pública: y el Emperador impuesta de ella, solo rompió el sello y la devolvió, no queriendo recibir un documento tan insultante para las personas que en los mas críticos momentos le daban pruebas de tan grande abnegacion y lealtad.

«En las últimas semanas, dice el Sr. Arrangois, que estuvo en la capital el Mariscal, les propuso el canje de prisioneros á los caudillos republicanos que recorrian sus inmediaciones, los cuales no titubearon en aceptarlo, y se apresuraron á enviar al Mariscal los que ellos tenian; pero como no habia en la capital el número suficiente de

prisioneros para el canje de hombre por hombre, lo completó el mariscal con los conspiradores contra el gobierno del Emperador que estaban presos, y con gentes que no eran prisioneras.

«En los días que precedieron á su salida de la capital, el mariscal Bazaine, en vez de ceder al gobierno mexicano, vendió á precios sumamente bajos muchos caballos, monturas, equipos, cápsulas de percusion y barricas de pólvora. «Bazaine, dice el Dr. Busch, chasqueado al ver que el Emperador se quedaba y resolvía empeñar la lucha con los republicanos, lucha difícil pero que ofrecía probabilidades de éxito para el Imperio, se quitó la máscara que habia llevado tanto tiempo; hizo ver abiertamente y sin ningun miramiento, en los últimos días que permaneció en México, su amargura y su rencor. Se dispuso por cuantos medios le quedaban, á preparar la caída del Imperio y á hacer imposible la lucha para sostenerlo.»

«No tengo datos suficientes para declarar lo que todos dicen: que Bazaine vendió armas á los republicanos; pero lo que si es cierto que echó al agua, en presencia de centenares de espectadores, toda la provision de pólvora, rompió las careñas, y clavó los cañones. Las granadas fueron enterradas para esconderlas; en una palabra, se destruyó todo lo que se pudo del material de guerra existente. Entrado en esta vía vituperable, no le asustó al mariscal de Francia descender á actos del mas grosero carácter y de la mas indecente avidez.

«En una carta que se ha publicado en varios periódicos de Europa, ha dicho el general Porfirio Diaz lo siguiente: «El mariscal Bazaine me ofreció, por medio de tercera persona poner en mis manos las poblaciones ocupadas por los franceses y entregarme á Maximiliano, Márquez, Miramon etc. si aceptaba yo una proposicion que rechacé

porque no me pareció honrosa. Otra proposicion, que procedia igualmente de la iniciativa del mariscal Bazaine, se referia á la adquisicion de seis mil fusiles y cuatro millones de pistones: si yo lo hubiera deseado, tambien me hubiera vendido cañones y pólvora; pero me negué á aceptar estas proposiciones.»

Esta indigna conducta del gefe francés, está confirmada por otros testimonios. El general Noriega comandante de Puebla, escribia tambien. «El mariscal Bazaine se ha marchado esta mañana..... Ya he manifestado á V. E. las dificultades y disgustos que habia tenido por las exigencias de estos señores, quienes se apoderaron por violencia del prisionero Alarcon, y han vendido el conyoy á Aureliano Rivera, (general republicano.) Despues se ha opuesto el mariscal á que continuara la línea de fortificaciones interiores de la plaza; pero me he opuesto enérgicamente á su voluntad y he hecho que continúen. En lugar de entregar al gobierno mexicano el armamento y las municiones que tienen todavia, han preferido inutilizarlo y venderlo á especuladores.»

Y M. de la Barreyrie, francés vecindado en Orizaba, decia: «El viajero que seguia al ejército francés con un día de distancia hallaba en el camino armas y prendas de vestuario, abandonadas como en la mas completa derrota..... Las partidas del ejército juarista que seguian al cuerpo expedicionario, lo hacian tan á corta distancia, y se instalaban tan fácilmente en las poblaciones que abandonaban nuestras tropas, que parecia verificarse de comun acuerdo este cambio, este reemplazo..... De todas partes se habian dado cita las partidas para escoltar la bandera de Francia, acordándole los honores del desprecio y del insulto; y mientras tanto, los agentes del gefe de la expedicion trataban hasta el último momento, es decir,